

XIV

Un desenlace.

—Os queda un medio, señor.

—Hablad, querido Meraut, á todo estoy pronto.

Meraut vacilaba en contestar. Lo que iba á decir le parecia demasiado grave é impropio de la sala de billar á donde el rey le habia arrastrado á jugar una partida despues de almorzar. Pero la ironía singular que preside el destino de los soberanos desposeidos, habia querido que fuese ante aquel paño verde, sobre el que rodaban las bolas con siniestros secos choques en el silencio y el duelo de la casa de San Mandé, donde se decidiese la suerte de la raza real de Iliria.

—¿Y bien?...—preguntó Christian alargándose para dar su tacada.

—Pues bien, monseñor...

Y esperó á que el rey hubiera hecho su carambola, y que el consejero Boscovich la hubiera marcado respectivamente, para continuar, no con mucha seguridad.

—El pueblo de Iliria es como todos los pueblos, señor. Le gustan los triunfos, la fuerza, y temo que el fatal resultado de nuestras últimas tentativas...

El rey se volvió, coloradas las mejillas.

—Os he pedido la verdad... Es inútil que vengais ahora con discursitos.

—Señor, es preciso que abduqueis...—dijo el gascon bruscamente.

Christian le miró con asombro.

—Abdicar... ¿qué?... ¡Si no tengo nada!... Bonito regalo le haria á mi hijo... Creo que preferiria un velocípedo nuevo á esa vaga promesa de corona para cuando sea mayor de edad.

Meraut citó el ejemplo de la reina de Galicia. Tambien ella habia abdicado en su hijo en el destierro; y si Don Leoncio estaba hoy en el trono lo debia á esta abdicación.

—¡Diez y ocho y doce!—dijo Christian con tono brusco.—¿Señor consejero, no marcáis?

Boscovich dió un salto de liebre asustada y se lanzó al marcador, mientras que el rey estaba completamente absorto en combinar un magnífico «cuatro tablas».

Eliseo lo miraba, y su fé realista sufría una ruda prueba ante aquel tipo de señorito tronado, de vencido sin gloria, con su delgado cuello escotado, asomando por su batin de flanela, con los ojos, la boca y las narices aún con ese color amarillento de la ictericia, de cuya enfermedad acababa de levantarse y que le habia tenido en cama más de un mes. El desastre de Gravosa, el siniestro fin de todos aquellos jóvenes, las terribles escenas á que el proceso de Herberto y de Hezeta habia dado lugar en San Mandé, Coletta, arrastrándose á los piés de su antiguo amante para obtener gracia para su marido, aquellos dias de angustia, de espera, con el oido tendido hácia el horrible fuego de peloton que le parecia mandar él mismo, los apuros metálicos, el vencimiento de los pagarés de Pichery, llegados á su primer plazo, todo aquel encarnizamiento del mal destino, sin destruir por completo la indiferencia del slavo, habian, sin embargo, afectado notablemente su parte fisica.

Se detuvo despues de hacer carambola, y poniendo tiza con el mayor esmero, preguntó á Meraut, sin mirarle:

—¿Qué dice la reina de ese proyecto de abdicacion? ¿Le habéis hablado de ello?

—La reina piensa como yo, señor.

—¡Ah!—dijo Christian secamente y con un ligero estremecimiento.

¡Qué extraño es el sér humano! Aquella mujer á quien no amaba, cuya frialdad desconfiada temia, aquella mujer á quien acusaba de haberle tratado demasiado como rey, y admirado con el perpétuo recuerdo de sus deberes y de sus prerogativas, le inspiraba ahora cierta repulsion por no creer en él, por abandonarle en provecho de su hijo. No era una herida de amor-lo que sentia, ni uno de esos golpes al corazon que hacen gritar, sino el frio de una traicion de amigo, de una confianza perdida.

—Y tú, Boscovich, ¿qué piensas de eso?—dijo de pronto volviéndose hácia su consejero, cuyo arrugado semblante seguia convulsivamente la mímica del de su amo.

El botánico tuvo un gesto ligero de pantomima italiana, abiertos los brazos, la cabeza entre los hombros, y un mudo «¿Chi lo sa?» tan tímido, tan poco comprometedor, que el rey no pudo ménos de echarse á reir.

—Oido el parecer de nuestro consejo,—dijo con voz gangosa y burlona,—abdicaremos cuando se quiera.

Y dicho esto, se puso á jugar con ardor, causando la desesperacion de Eliseo, que ansiaba ir á anunciar á la reina el resultado de una negociacion de que ella no habia querido encargarse personalmente, porque aquél fantasma de rey aún le imponia, y sólo temblando se atrevia á poner la mano sobre una corona que él desechaba.

La abdicacion tuvo lugar algun tiempo despues. Estóicamente, el jefe de la casa civil y militar propuso las espléndidas galerías del hotel Rosen para aquella ceremonia, á la que es de rigor y etiqueta dar la mayor solemnidad y autenticidad posibles. Pero la desgracia de Gravosa estaba demasiado reciente para aquellos salones que aún conservaban los ecos de la última

fiesta; y verdaderamente, hubiera sido demasiado triste y de mal presagio para el futuro reinado. Así es que se contentaron con reunir en San Mandé algunas familias ilirias y francesas, cuya firma era indispensable en un acto de aquella importancia.

A las dos empezaron á llegar los carruajes, y los campanilleos se sucedian, mientras que sobre las grandes alfombras extendidas hasta el pié de la escalera, subian lentamente los invitados, recibidos á la entrada del salon por el duque de Rosen, empaquetado en su uniforme de general, llevando al cuello además de sus cruces, el gran cordon de Iliria, que habia puesto á un lado, sin decir nada, cuando supo el escándalo del peluquero Biscarat ostentando las mismas insignias sobre su chaquetilla de Fígaro. En el brazo y en el puño de la espada, el general llevaba un gran lazo de crespon negro, y mucho más significativo aun que aquel lazo, lo era un movimiento senil de la cabeza, un modo inconsciente de decir siempre: «no... no...» que guardaba desde el terrible debate en su presencia con motivo de la gracia de Herberto, debate al cual habia enérgicamente rehusado tomar parte, á pesar de los ruegos de Coletta, y los movimientos de su amor paternal. Parecia que su pequeño cráneo, al moverse, sufría la pena de aquella negativa anti-humana, y que estuviese condenado en adelante á decir que no á toda impresion, á todo sentimiento, á la vida misma, no pudiéndole interesar ya nada desde el trágico fin de su hijo.

La princesa Coletta estaba allí tambien, llevando con mucho gusto su luto de blondas y su viudez, que se hallaba distraida por una esperanza visible ya en su abultada cintura y en su lánguida marcha. Aun en medio de una sincera pena, aquella alma de modista imbuida de futilidades y que la severidad del destino no habia corregido, procuraba satisfacer, gracias á su embarazo, una porcion de vanidades de coquetería. Las cintas, los encajes, el soberbio canastillo que estaba haciendo bordar con una cifra original bajo su corona de princesa, servía de diversion á su tristeza. El niño se llamaria Wenceslao ó Witold; Wilhelmina si era

niña; pero, ciertamente, su nombre empezaría por W, porque es una letra aristocrática, que además tiene la ventaja de bordarse muy graciosamente.

Ella explicaba sus proyectos á Mad. de Silvis, cuando la puerta se abrió de par en par para el anuncio, precedido de un golpe de alabarda, de los príncipes y princesa de Trebigni, de Seris, duque de San Jorge, duquesa de Melida, condes del Pozzo, de Miremont, de Vélíko... Se hubiera dicho que era una lista proclamada en alta voz, enviada por el sonoro eco de la ensangrentada playa, de todas las jóvenes víctimas que sucumbieron en Gravosa.

Y lo más terrible, lo que iba á dar á la ceremonia un aspecto fatal y fúnebre, á pesar de las precauciones tomadas, de las suntuosas libreas, de las colgaduras de ceremonia, era que todos los que llegaban estaban de luto, vestidos de negro, con guantes negros, embutidos en esas telas de lana tan tristes al mirar, y que desfiguran en las mujeres el gesto y su modo de sér; lutos de viejos, de padres, de madres; más sombríos, más tristes, más injustos de llevar que los demás. Muchos de aquellos desgraciados salían por primera vez, despues de la catástrofe arrancados á su soledad, á su reclusion por su fanatismo monárquico. Se erguían al entrar, apelando á todo su valor; pero al mirarse los unos á los otros, espejos siniestros de un mismo dolor, de pié, alta la cabeza, los hombres estremeciéndose encojidos, sentían subir á sus ojos las lágrimas que veían, y á sus labios el suspiro tan difícilmente contenido á su lado; bien pronto un contagio nervioso ganó á los concurrentes, llenando el salon con un prolongado sollozo cortado por gritos y gemidos ahogados. Sólo el viejo Rosen no lloraba, é irguiendo su alta estatura, inflexible, continuaba haciendo el signo implacable: «¡No... no... que muera!...»

Por la noche, en el café de Lóndres, S. A. R. el príncipe de Axel, invitado á firmar la abdicacion, contaba que le habia parecido asistir á un entierro de primera clase, reunida toda la fa-

milia, esperando la traslacion del cuerpo. Verdad es que el príncipe hacia mala figura al entrar allí. Se sentía cohibido, embrazado por aquel silencio, aquella desesperacion; miraba con terror á todas aquellas viejas parcas, cuando descubrió á la princesa de Rosen. Al momento se acercó á ella, curioso de conocer á la heroína de aquel famoso almuerzo en el malecon de Orsay; y mientras que Coletta, en el fondo bastante lisonjeada por la atencion, acogía á S. A. con una sonrisa dolorosa y sentimental, no sabia ella que aquella étnica y velada mirada, fija sobre ella, tomaba la medida exacta y precisa de una malla que modelase por todas partes los contornos de una persona tan apetecible.

—¡El rey, señores!

Christian II, muy pálido, el aire visiblemente preocupado, entró primero, llevando de la mano á su hijo. El principito demostraba una gravedad de mando que le sentaba perfectamente, aumentada por el fraquecito negro y el pantalon que llevaba por primera vez con cierto orgullo, con la gracia severa de la adolescencia. La reina venía despues, muy bella en su suntuoso traje cubierto de encajes, demasiado sincera tambien para ocultar su alegría, que resaltaba en medio de la tristeza que la rodeaba, así como su traje claro al lado de los vestidos de luto. Era tan feliz, tan egoístamente feliz, que no se inclinó ni un minuto hácia las sublimes desgracias que la cercaban, así como tampoco reparó en el jardin que tiritaba, ni en la escarcha de los vidrios, ni en lo negro de una semana de Noviembre errante por un cielo bajo y húmedo, lleno de brumas y de pesadez. ¡Qué cierto es que todo está en nosotros y que el mundo exterior se trasforma y colora con los mil matices de nuestras pasiones!

Christian II se colocó delante de la chimenea en medio del salon, teniendo á su derecha al conde de Zara, á la reina á la izquierda, un poco más léjos á Boscovich con su manto de consejero áulico, sentado á una mesa de escribir. Colocado todo el mundo, el rey tomó la palabra muy bajo, para decir que estaba

pronto á firmar su abdicacion, y á dar á conocer á sus súbditos los motivos de tal determinacion. Boscovich se levantó en seguida, y con su voz chillona y estrepajosa leyó el Manifiesto de Christian á la nacion, historia rápida á grandes rasgos, de las primeras esperanzas del reino, de las decepciones, de las malas inteligencias que habia habido, y en fin, de la resolucion que habia tomado de retirarse de los negocios públicos y de confiar á su hijo á la generosidad del pueblo Ilirio. Esta corta carta, en que se veia la señal de la mano de Eliseo Meraut, fué tan mal leida,—como una fastidiosa nomenclatura de botánica,—que dejaba á la reflexion tiempo bastante para comprender todo lo que habia de vano, de irisorio en aquella trasmision de poderes que no existian, de derechos negados y no conocidos. El acta, que en seguida leyó el rey, estaba concebida en los siguientes términos:

«Yo, Christian II, rey de Iliria y de Dalmacia, gran-duque de Bosnia y de Herzegovina, etc., etc.... declaro, que por mi propia impresion y sin ceder á presion alguna extranjera, dejo y trasmito á mi hijo Carlos, Alejo, Leopoldo, conde de Goetz y de Zara, todos mis derechos politicos, no queriendo conservar sobre él más que mis derechos civiles de padre y de tutor.»

Leida que fué, á una señal del duque de Rosen, todos los asistentes se acercaron á la mesa para firmar. Hubo durante algunos minutos un ruido de pasos, frote de vestidos, en esperas y pausas, causadas por el ceremonial, acompañadas del chirrido de las plumas al trazar las rúbricas. Luego empezó el besamanos.

Christian II abrió la marcha, y cumpliendo con aquella mision difícil, de prestar homenaje un padre á su hijo, besó la punta de los escuálidos dedos, con más gracia espiritual que respetuosa. La reina, por el contrario, demostraba una efusion apasionada, casi religiosa; la protectora, la madre se convertia en humilde súbdita. Despues llegó la vez al príncipe de Axel,

y luego á todos los grandes señores, desfilando en orden gerárquico, que el pequeño rey empezaba á encontrar algo pesado, á pesar de la dignidad encantadora de sus cándidos ojos y de su mano estendida, mano pequeña y venosa, con uñas cuadradas de niño que aún juega y muñecas un poco fuertes, desproporcionadas por el crecimiento. Todos aquellos nobles, por grave que fuese el momento, á pesar de las preocupaciones siniestras del duelo, no era gente que se dejase así como así arrebatarse el puesto que les pertenecia, segun su título y el número de florones de sus coronas; y Meraut, que se precipitaba hácia su discípulo, se sintió detenido de repente por un «Caballero, no os toca á vos», que le hizo retroceder, y lo puso frente á frente con la escuálida cara del príncipe de Trebigni, un viejo terriblemente asmático, que alentaba con trabajo, dilatados sus ojos como si no pudiese respirar más que por ellos. Eliseo, el tradicionalista, se separó respetuosamente para dejar pasar aquel resto de tumba, y llegó el último al besamanos. Cuando se retiraba, Federica, de pié al lado de su hijo, así como se vé á las madres de las recién casadas recibir los últimos homenajes y sonrisas, le dijo al pasar, exultante y nerviosa.

—¡Ya está hecho!

Habia en su entonacion una plenitud de alegría casi feroz, una satisfaccion indecible.

¡Ya está hecho!... Es decir, hé aquí la diadema puesta al abrigo del tráfico y de la profanacion. Ya podia dormir, respirar, vivir, libre ya de los trances mortales que anticipadamente le anunciaban las catástrofes, y que hubieran podido hacerla decir con Hezeta á cada fatal desenlace: «Ya lo sabia.» Su hijo no sería desposeido, su hijo sería rey.... ¿Cómo que sería?... Lo era ya por su actitud majestuosa, por su bondad atractiva al par que régicamente altiva....

Sin embargo, terminada la ceremonia, la naturaleza del niño recobró su influencia, y Leopoldo V se lanzó gozoso hácia el viejo Juan de Vélíko para anunciarle la gran noticia:—¿No sa-

bes, padrino? Tengo un poney, un bonito poney, nada más que para mí... El general me enseñará á montar y mamá también.

Todos se precipitaban á su alrededor, inclinándose con miradas de admiración, mientras que Christian, solo y abandonado, sentía una extraña impresión, indefinible, como un alivio alrededor de su frente, el frío de la corona que le habían quitado... Sin embargo, mucho había deseado aquella hora; mucho había maldecido las responsabilidades de su situación. Entonces, ¿por qué aquel malestar, aquella tristeza, ahora que el camino de su vida se abría á otras perspectivas?

—Y bien, mi pobre Christian, creo que te acaban de regalar tu mico...

Era el príncipe de Axel que, por lo bajo, le consolaba á su manera.

—¡Tú sí que tienes suerte! ¡Qué feliz sería yo si me sucediese otro tanto, si se me dispensase de abandonar á París para ir á reinar sobre mi pueblo de focas de blanco vientre!...

Y continuó por un momento en el mismo tono; luego desaparecieron los dos, aprovechándose del tumulto, de la inatención de la asamblea. La reina los vió salir, oyó rodar por el patio el faeton, cuyas ligeras ruedas no se alejaban antes sin pasar por encima de su corazón... Pero, ¿qué le importaba ahora? No era el rey de Iliria lo que le robarían las mujeres de París.

Al día siguiente de Gravosa, en el primer momento de su vergüenza, Christian había jurado no volver á ver más á Séfóra. Mientras estuvo en cama, medroso de la enfermedad como un meridional, no pensó en su querida más que para maldecirla y cargarla moralmente con toda la culpa; pero la convalecencia, la sangre más viva, la completa ociosidad, en la que los recuerdos mezclados á los sueños tienen tanta fuerza, debía cambiar sus disposiciones. En primer lugar excusó á la mujer, y no vió en lo que le había sucedido más que una fatalidad, uno de los mil designios de la Providencia, sobre la que los católicos des-

cargan toda responsabilidad. Un día, en fin, se atrevió á pedir á Lebeau noticia de la condesa. El criado trajo por respuesta una porción de cartas que habían llegado durante la enfermedad, billetes tiernos, inflamados, tímidos, una nube de blancas tórtolas arrullando el amor. Christian, que sintió abrasados sus sentidos, respondió al momento desde la cama, impaciente por continuar, en cuanto se curase, la novela interrumpida en Fontainebleau.

Entre tanto, J. Tom Levis y su mujer pasaban sus buenas vacaciones en el hotel de la avenida de Mesina. El agente de los extranjeros no había podido resistir más tiempo al fastidio de su retiro de Courbevoie. Le faltaba la vida de los negocios, el tráfico, y, sobre todo, la admiración de Séfóra.

En fin, estaba celoso, con unos celos bestiales, tercos, punzantes, como una espina que se atraviesa en la garganta, que se cree que ha pasado, y cuya picadura se siente de pronto. Y no hay medio de decir á nadie: «Miradme lo que tengo en el fondo de mi garganta.» ¡Desgraciado Tom Levis, preso en sus mismas redes, inventor y víctima de la gran jugada! El viaje de Séfóra á Fontainebleau, le inquietaba sobremanera. Varias veces trató de hablar de ello; ¡pero Séfóra le detenía con una carcajada tan natural!... ¿Qué es lo que te pasa, Tom?... ¿Qué tienes en la cabeza?... Entonces se veía obligado á reír, él también, comprendiendo que no había entre los dos más que pillería, broma, y que la fantasía de Séfóra, fantasía de niña por chuchería, cesaría tan pronto le creyese celoso, sentimental, «cargante,» como los demás. En el fondo sufría, se aburría de vivir lejos de ella, y hasta... componía versos... Sí, el hombre del cab, el insensitivo Narciso, había encontrado un derivativo á sus inquietudes, una de estas elucubraciones nacidas de la ignorancia pretenciosa, un poema á Séfóra... Verdaderamente, si Christian II no hubiera caído enfermo, de fijo que quien hace cama es J. Tom Levis.

Cualquiera puede figurarse la alegría que el pagano y su

bella experimentarían de poder vivir juntos algunas semanas. Tom bailaba gigas insensatas, y Séfora se destornillaba de risa, aunque algo incomodada con su servidumbre, en la que «el marido de la señora» gozaba el descrédito más completo. El maestre-sala había declarado que si «el marido de la señora» comía en la mesa, jamás le serviría; y como era un maestre-sala excepcional, dado, escogido por el rey, ella no insistió y se hacía subir la comida á su cuarto por una doncella. También cuando llegaba alguna visita, Wattlelet, el príncipe de Axel, J. Tom desaparecía en un gabinete de tocador. Jamás marido alguno se había visto en semejante fiesta; pero adoraba á su mujer, la tenía para él solo, y en un cuadro que la hacía aparecer infinitamente más linda. Era, en sumá, el más feliz de la banda, en que los retardos, los aplazamientos empezaban á causar cierta inquietud. Sé sentía, como un nudo, una paralización en un negocio perfectamente lanzado. El rey no pagaba los plazos vencidos, extendía sin cesar nuevos pagarés, con gran miedo de Pichery y del tío Leemans. Lebeau trataba de animarlos... «Paciencia... paciencia... ya llegaremos... no hay que temer...» Pero él no proporcionaba nada y los otros amontonaban en sus carteras resmas de papel de Iliria. El pobre «padre» que ya no tenía su sólido aplomo, venía todas las mañanas á casa de sus hijos para asegurarse: «Vamos; ¿creis que triunfaremos?»—Y se resignaba á prestar, á prestar siempre, puesto que el único modo de correr tras su dinero era lanzar más en su seguimiento.

Una tarde, la condesa, preparándose para ir al bosque, pasaba de su alcoba al tocador, bajo la paternal mirada de J. Tom con su cigarro en la boca, acostado en una blanda butaca, los pulgares en la sisa del chaleco, gozando del lindo golpe de vista de una mujer que se viste, se calza sus guantes delante de un espejo, y ensaya la postura que ha de llevar en el carruaje. Ella estaba preciosa, con el sombrero puesto, el velo al nivel de los ojos, con un traje de otoño ya de algun abrigo; y el tintineo de sus brazaletes respondía al ruido del carruaje que esperaba bajo

las ventanas, al chis-chas de los arneses, al piafar de los caballos, que todo hacia parte del equipaje con las armas de Iliria. Ella salía con Tom, llevándole á dar una vuelta al lago, en el primer día de la estación, bajo aquel cielo que pone tan en relieve las modas nuevas, y los rostros cansados por largos veraneos. Tom, muy elegante, tipo completo inglés, estaba entusiasmado con aquel paseo en cupé al lado de su linda condesa.

La señora está pronta; van á partir. Una última mirada al espejo... Vamos... De repente se abre la puerta principal, el timbre suena con constante repiqueteo... «El rey»... Y mientras que el marido se precipita en el tocador con un terrible giramiento de ojos, Séfora corre á la ventana justamente á tiempo para ver á Christian subir la escalinata con aire vencedor. Corre, vuela, «qué feliz va á ser», dice al subir.

La hermosa comprende que hay algo de nuevo y se prepara. Para empezar lanza al verle un grito de sorpresa, de alegre conmoción; cae en sus brazos y se deja llevar hasta una otomana, ante la que él se arrodilla.

—¡Sí... sí... soy yo... y para siempre!

Ella le miró con ojos fascinadores, respirando amor y esperanza. Y él, anegado en esta mirada,

—Está hecho,—dijo,—ya no hay tal rey de Iliria... Sólo queda un hombre que quiere pasar la vida amándote.

—Esto es demasiado... no me atrevo á creer...

—Mira... lee...

Ella tomó el pergamino y le desdobló lentamente.

—¿Con que es verdad, Christian mio, que has renunciado?

—He hecho otra cosa mejor.

Y mientras que ella recorría el texto del acta, él de pié, retorciéndose el bigote, miraba á Séfora con aire triunfante; luego creyendo que ella no comprendía bien, ni bastante pronto, se puso á explicarla la diferencia que había entre la renuncia y la abdicación, y que él quedaba así libre de deberes y responsabilidades, sin comprometer para nada el porvenir de su hijo. Sólo

el dinero... Pero, ¡qué necesidad tenían de tantos millones para ser felices!

Ella no leía, le escuchaba con la boca entreabierta mostrando sus lindos dientes con una sonrisa aguda, como si quisiese cojer mejor lo que decía. Ella había comprendido muy bien, ¡oh, sí! veía muy claro el derrumbamiento de todas sus ambiciones y de las pilas de luses comprometidas en el negocio, la cólera de Leemans, de Pichery, de toda la banda robada por la falsa maniobra de aquel tontaina. Ella pensaba en tantos sacrificios inútiles, en sus seis meses de aquella pesadísima vida llena de falsedad y disimulación, en su pobre Tom que detenía su alienato en el tocador, mientras que el otro, enfrente de ella, esperaba una explosión de ternura, seguro de ser amado, vencedor, irresistible, impaciente. A la verdad, aquello era tan chusco, tan completamente irónico, tan feroz... Ella se levantó, acometida de una risa loca, risa insultante y burlona que hizo subir á su cara un rápido color de sangre, las removidas heces de su grosera naturaleza; y pasando por delante de Christian estupefacto: «¡Anda canalla, imbécil!» le gritó antes de encerrarse en su cámara á triple cerradura.

Sin dinero, sin corona, sin mujer, sin querida, el buen Christian hacia una muy triste figura al bajar por la escalera.

XV

El rey niño.

¡Oh magia de las palabras! Como si en aquellas tres letras de la sílaba «rey» se encerrase una fuerza cabalística; desde que no se llamó ya conde de Zara, sino el rey Leopoldo V, el discípulo de Meraut se halló transformado. El niño aplicado, dichoso en obrar bien, manejable como blanda cera, pero sin ninguna superioridad de inteligencia, salía del limbo, se despertaba por una sobreexcitación singular, y su cuerpo se formaba merced á esta llama interior. Su natural pereza, aquella gana de estirarse, de acostarse en una butaca mientras le leían ó le contaban historias, aquella necesidad de escuchar, de vivir del pensamiento de los demás, se cambió en una actividad que no satisfacía ya los juegos de su edad. Preciso era que el viejo general Rosen, perlático y encorvado, encontrase fuerza para darle sus primeras lecciones de esgrima, de tiro, de equitación, y no había nada más tierno y conmovedor que ver todas las mañanas, á las nueve, en una plazoleta del parque, perfectamente enarenada, al anciano panduro, con su frac azul y el látigo en la mano, desempeñar sus funciones de escudero con el aire de un viejo Francini, siempre respetuoso con el rey, enmendando á la vez las